

## NÁUFRAGA

Exhausta y con el aliento quemándole el paladar, por fin notó la arena de la orilla. La playa. Y suspiró. Al sentir aquellos minúsculos granos rozándole la piel creyó por un momento que tanto sufrimiento había llegado a su fin. No sabía con exactitud adónde había llegado. Se sentía absolutamente desorientada. Pero ahora poco importaba eso. Era tierra firme. Adiós al agua y al salitre, pensó. Estoy viva. Después de todo, estoy viva. Y volvió a suspirar.

¿Cuánto tiempo había pasado en alta mar? Mucho tiempo, sin duda. Pero se le hacía difícil calcular los días con exactitud. Intentó hacer memoria, pero fue en vano. Tras unos instantes palpando aquella fina arena y con parte de su cuerpo aún meciéndose por las suaves olas que morían junto a ella, comenzó a reaccionar. Abrió los ojos todo lo que pudo y se sintió reconfortada al comprobar que el agua salada ya no le arañaba las pupilas. Echó un vistazo al frente. Pronto amanecería. O quizás acababa de anochecer. No estaba segura. Pero tampoco eso importaba ahora. A unos cincuenta metros de donde yacía, le pareció divisar la espesura de la vegetación. Palmeras y arbustos que se erguían apiñados, como un muro, dejando claro en qué punto la playa dejaba de ser playa y se convertía en selva. Necesito refugio, arena seca, se dijo. Comprendió que había que presionar al máximo la mandíbula, dejar correr la saliva sobrante, hacer un último esfuerzo. Y esperar que ninguna bestia feroz anduviera merodeando por el lugar en ese momento. La ausencia de luna le daba abrigo, pero también le inquietaba enormemente. Sintió un escalofrío, producto del frío que se colaba como cientos de alfileres por los surcos de su piel cuarteada. O quizás fuera producto del pavor que le provocó, súbitamente, el notar que su tronco inferior apenas reaccionaba. Parpadeó rápidamente durante unos segundos, como si así pudiera ralentizar el corazón, cuyos latidos notaba ahora por primera vez desde que había llegado a la playa. Estoy viva, volvió a pensar. Y suspiró.

Allí, a cincuenta metros, estaban los árboles, la tierra cálida, el refugio. Cincuenta metros de puro abismo negro infinito. Cincuenta metros a merced de jaguares y serpientes. Otro escalofrío. Esta vez, la electricidad que recorrió su piel le sirvió para impulsar penosamente su cuerpo maltrecho. Apenas notaba la arena bajo su barriga. Sintió un pinchazo en la parte baja del abdomen. Aprovechó para escupir una mezcla de saliva, arena y sangre coagulada. Sintió náuseas. Pero no le dio importancia. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos ahora a mantener en movimiento sus extremidades superiores, únicas partes de su organismo, junto al cerebro, que aún sentía vivas. El resto del cuerpo era más bien un pesado esqueleto de hierro oxidado cubierto de carne inerte. Deseó ser un pájaro. Y volvió a suspirar.

Logró avanzar una decena de metros más. Se mareó. Paró a coger aire. Volvió a apretar la mandíbula. De nuevo las náuseas. Aplacó un súbito vómito que comenzaba a recorrer su garganta y siguió arrastrándose sin dejar de mirar de reojo a ambos lados de la playa en busca de los ojos brillantes de algún depredador. Sabía que ese encuentro, de suceder, sería fatal, y que de poco le serviría ver acercarse a su verdugo de lejos. Pero siguió vigilando porque así se lo ordenaba su instinto en la parte más vieja de su cerebro. Paró de nuevo. Esta vez para escuchar. Nada. Sólo el oleaje a sus espaldas y el suave movimiento de las hojas frente a ella. La espesa vegetación ya estaba más cerca. Y el muro de la selva le pareció desde aquí mucho más alto. Y la arena, más caliente. Se sentía algo más desentumecida, pero ahora le preocupaba el dolor abdominal. Iba en aumento y no sabía si terminaría venciendo y dejándola sin opciones. Sintió un nuevo pinchazo. Esta vez mucho más doloroso que los anteriores. No recordaba haberse golpeado con nada. No entendía a qué se debía ese terrible dolor, pero tampoco tenía

tiempo para explorar la zona. Su cuerpo tembló. Tres o cuatro sacudidas nacidas en las profundidades de su estómago, que le hicieron morder rabiosamente la arena para calmar los deseos de morir allí mismo. ¿Cuánto tiempo hacía que intentaba llegar a los arbustos? Al menos es de noche, se dijo. A estas alturas los rayos del sol ya habrían terminado conmigo. Y volvió a apretar la mandíbula.

Percibía ya el olor de las primeras plantas cuando notó como un punzón de acero incandescente le atravesaba los intestinos desde abajo hasta arriba. Volvió a tener deseos de morir. De acabar con el martirio. Su cuerpo le dio una tregua dejándola inconsciente durante unos segundos, justo el tiempo que transcurrió hasta que las pisadas sonaron desde el lado izquierdo de la playa. Sus ojos se abrieron de inmediato y aprovechó que el corazón comenzaba a latir desbocadamente para deslizarse tan rápido como pudo hasta notar en su rostro las hojas que anunciaban el final de la playa y el refugio de la selva.

En ese momento las pisadas sonaron más cerca y más numerosas. Intuyó murmullos. Notó algo parecido a un destello. Pero ya no le dio importancia. Había llegado sana y salva al lugar de desove. Y comenzó a escarbar su nido sin apenas prestar atención a los turistas que se agolpaban a su alrededor. Y una vez más, ajena a la multitud, la tortuga volvió a suspirar.